

La elipse madrileña The Ellipse of Madrid

Juan Benet

Es razonable pensar que el traslado de la capitalidad del Estado de Valladolid a Madrid, decidido por Felipe II, tuvo que exigir una mudanza de cierta importancia. Aún cuando la Corte en sí, no demasiado complicada ni numerosa, pudiera alojarse en el abigarrado alcázar, la capitalidad exigía una instalación y unos locales que Madrid a duras penas podía ofrecer. Muy posiblemente para conseguir el amueblamiento de la nueva capital hubo que traer de Valladolid buen número de enseres recogidos aquí y allá entre las ciudades y diócesis de los viejos Reinos. Así que el traslado de príncipes, nobles, eclesiásticos y funcionarios de Valladolid a Madrid tuvo que venir acompañado de notables y numerosas aportaciones desde diversos puntos al norte de la Sierra.

La nueva capital fue elegida con toda probabilidad más por razones geopolíticas que locales; su situación central y la posibilidad de comunicarse desde ella con cualquier punto de la península sin grandes diferencias entre los trayectos extremos, debió de ser una razón de peso que prevaleció, entre otras, sobre la pobreza del lugar y las escasas amenidades topográficas que ofrecía. Madrid nunca fue una plaza fuerte y, pese a sus orígenes, su elección debe ser entendida en cuanto cabeza de puente de la meseta norte para el dominio y control de los territorios meridionales. Para tal función no sólo tenía que emplazarse más allá de la barrera que los separa —el sistema Central— sino que su aprovisionamiento debía quedar garantizado con los suministros procedentes del territorio conquistador. En otras palabras, del sur de Madrid —a medio camino entre el desierto y la tierra de nadie, en términos geopolíticos— cabía esperar poco para el aderezamiento de la Villa y su transformación en una Corte que siempre sería una criatura del norte, aclimatada lejos de su tierra natal.

Semejante simplificación no pretende ser más que una metáfora histórica de la confirmación física de Madrid cuyo origen norteño se ha perdido para, con el tiempo y por su situación central geográfica y administrativa, convertirse en una amalgama de todos los materiales peninsulares. Sin

It is reasonable to believe, or at any rate hardly unreasonable to think, that the transference of the State capital from Valladolid to Madrid, a decision taken by Philip II, required a considerable migration of objects as well: a moving operation. Even though the Court itself, not too complicated nor overly legion, should have been able to find digs in the motley and confused fortress, the institutions of the capital —its capital-ness, as it were— needed installations and locales that Madrid could scarcely have offered. In order to furnish this new capital, it was quite possibly necessary to bring along from Valladolid a good number of items —utensils, for instance— collected from among the cities and dioceses of the previous kingdoms. In short, the transfer from Valladolid to Madrid of princes, nobles, ecclesiastical potentates and civil servants must have been escorted by the transfer of notable and numerous dowries and contributions from various points to the north of the mountain range of the city.

In all probability, the new site of the capital was chosen more for geopolitical reasons than for any stemming from its nature as a site. This, not oddly enough, is corroborated by the basic lack of functional virtues that the latter could invoke: its poverty and the scarcity of even topographical amenities. Over these drawbacks prevailed the logic of communication: the centrality of Madrid in the peninsula entailed a rough equality in the time and distance required to reach the several extremes of the realm. Madrid was never a stronghold; despite its origins, its selection as a capital site must be understood in terms of serving as a bridgehead for the northern plateau to dominate and control the south. In order to fulfill such a function, not only did it need to be placed beyond the barrier that separated the north and the south —the Central Range— its provisioning also needed the guarantee of supplies coming from the north, from the conquering lands. In other words, little was to be expected from the south of Madrid —geopolitically halfway between desert and no man's land— at least insofar as regards the dressing up of the Town and its transformation into a Court; Madrid as capital would

Juan Benet es Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y escritor. Su última obra publicada es *El caballero de Sajonia*, Madrid Planeta, 1991.

Juan Benet is a Civil Works Engineer and a writer. His latest work was *El Caballero de Sajonia* (The knight from Saxony), published by Planeta in Madrid, 1991. Translated by Christopher Emsden.

embargo, algo y aún mucho queda de ese origen aunque no salte a la vista. La dirección norte-sur de su impulso fundacional puede advertirse todavía en la planta oblonga de la ciudad que alterada en este siglo por el crecimiento no siempre ordenado en varias direcciones dominantes, aún manifiesta un contorno, dinámicamente orientado, que incluye la casi totalidad del caserío a comienzos del siglo xx. Dicho contorno coincide con una elipse con su centro en Colón y sus focos en la plaza de Lima y la estación de Delicias. Su eje mayor discurre entre los vértices de plaza de Castilla y el nudo Sur por el cardo Castellana-Recoletos-Prado-Delicias, en tanto el menor va de San Antonio de la Florida a la colonia de La Elipa. La rama derecha descendente (partiendo del vértice norte) recorre el caserío de Tetuán para envolver los altos de la Dehesa de la Villa y de ahí tomar el curso del Manzanares a la altura de la Virgen del Puerto para concluir en Legazpi; la izquierda discurre por la vaguada del arroyo Abroñigal desde Ramón y Cajal hasta su confluencia con el río. El eje mayor tiene una longitud de 9,0 kms. y el menor de 5,5 kms. El perímetro de la elipse mide 23 kms. y su superficie es de 38 km².

Si con la vista puesta en esta elipse madrileña se contempla la planta actual de la ciudad, con sus suburbios y satélites, se observa que con excepción de las desarrolladas por el norte, alrededor de un pseudo-eje en la carretera N-1, todas las superficies ocupadas por los aledaños madrileños son tangentes a la elipse sin que en ningún sector se haya roto su continuidad lineal preservada por la Dehesa de la Villa, por el curso del río o por la M-30 a lo largo de la vaguada del Abroñigal. Curiosa circunstancia que viene a señalar en contrapunto el origen septentrional de la capital; si en su día fue elegida, animada y alimentada desde el norte, en esa dirección es donde cobra hoy su mayor impulso metropolitano y no en balde en su vértice de la plaza de Castilla, se levanta, por discutible que sea su valor urbanístico, arquitectónico o simbólico (y para mí ni juntos ni separados tales valores pueden mitigar el mal efecto que produce el truncado engendro que allí se está construyendo), el epítome de la nueva ciudad y su enfática entrada.

En cuanto puesto avanzado en una tierra de nadie la ciudad no servía como punto de aprovisionamiento. Como en la antigua fonda castellana, el viajero sólo podía contar con lo que él mismo llevara. El agua tenía que venir de los altos del norte y del este y aún hoy, tras siglo y medio de esfuerzos y obras públicas, todo el abastecimiento se basa en el aprovechamiento, el almacenamiento y el transporte del agua de las cuencas serranas del Alberche, el Guadarrama, el Manzanares, el Lozoya, el Jarama y el Sorbe. También los árabes habían aportado del norte, del monte de El Pardo y los altos de Fuencarral (cuyo nombre habla por sí mismo), el agua para la antigua medina y la red de viajes que posteriormente se superpuso a la primitiva, con la captación de las fuentes en ambas márgenes del Abroñigal, ha prevalecido hasta nuestro siglo. Las obras del subsuelo han cortado la mayoría de esos viajes pero según mis noticias existe todavía un convento del tiempo de los Austrias que se suministra con un viaje de su propiedad.

La planta de la elipse ha determinado también las acometidas y la distribución de los suministros importados, entre ellos la energía eléctrica en

always be a creature of the north, acclimatized and settled far from its homeland.

Such a simplification does not aim to be more than an historical metaphor for the physical conformation of Madrid, a city whose northern origin has been erased and lost, due to the passing of time and its centralized space, in both geographical and administrative terms; it has been converted into an amalgamation of all of the materials of the peninsula. Nonetheless, even though it does not leap into view, something—in fact, much—remains of that origin. The north-south direction of its foundational impulse can still be divined in the oblong plan of the city. Although altered in this century by growth not altogether nor always exactly organized, a growth sprouting in various main directions, the city still intimates an outline, a dynamically oriented contour which includes almost the entirety of the settlement as it stood at the beginning of this century. This outline coincides with an ellipse: with its center at Colón, and foci at Lima Plaza and the Delicias station. Its dominant axis goes between the vertices of the Plaza de Castilla and the Southern Node, flowing along the Castellana-Recoletos-Prado-Delicias file, while the lesser axis goes from San Antonio de la Florida to La Elipa colony. The right side's descending branch moves along the Tetuán settlements, encompassing the heights of Dehesa de la Villa and then follows the Manzanares river from the Virgen del Puerto to conclude in Legazpi. The left branch follows the bed of the Abroñigal creek from Ramón y Cajal until it joins with the river. The dominant axis measures 9.0 Km. in length, the lesser is 5.5 Km. The perimeter of the ellipse measures 23 Km., and its surface area covers 38 square Km.

If with one's eyes fixed on this ellipse of Madrid one contemplates the actual city plan, replete with suburbs and satellites, one notes that with the exception of those developed to the north around a pseudo-axis along the N-1 highway, all of the surfaces occupied by the boundary zones of Madrid are tangential to the ellipse; in no sector has its linear continuity been broken, instead being preserved by the Dehesa de la Villa, by the course of the river, or by the M-30 highway along the bed of the Abroñigal. It is a curious circumstance, and one that in fact contrapuntally signals the northern origin of the capital: if in its time it was chosen, animated, fed and furnished from the north, it is in that direction where its greatest metropolitan impulse now heads. It is not in vain that at the vertex of the Plaza de Castilla is being raised what, no matter how arguable its urbanistic, architectural or symbolic value (and for me these values, neither together nor separately, can mitigate the lamentable effect produced by the de-capitated monster being built there as you read), is the epitome of the new city and its emphatic entrance.

Insofar as it was thrust out into a no-man's-land, the city did not serve as a supply point. Just as with the classical Castilian *fonda* or hotel, the traveller could only count on what he carried with him. Water had to come from the northern and eastern highlands, and even today, after one and a half centuries of effort and public works, all of the supply is based on the use, storage and transport of the water from the mountain valleys of the Alberche,

alta. Que yo sepa sólo existía en Madrid una fábrica de luz (que se decía entonces) de cierta importancia; quemaba coke y era conocida por el muy literario título de Central Térmica del Paseo de Melancólicos. Con su escoria de poder aglomerante se construían las extensas tapias de los pasillos ferroviarios, las fábricas y los cuarteles. En contraste, los productos de fabricación y consumo internos, como el gas y el agua y la energía en baja, presentan una distribución arterial que utiliza y aprovecha los espacios públicos y libres de edificación para alcanzar todos los polos del caserío. Pero todos los servicios demuestran un respeto omnímodo al Parque del Retiro, bien porque no consuma sino agua bien porque se reputa como un lugar prohibido para la ejecución de zanjas y el trazado de galerías subterráneas.

La planta de las líneas ferroviarias subterráneas no deja de sufrir también la influencia de la elipse; la red —con una evidente dominante norte-sur— está en su totalidad inscrita en su perímetro y sólo diez ramales sin conexiones recíprocas parten de ella hacia el extrarradio cruzando ortogonalmente las dos grandes vaguadas que flanquean el óvalo.

Por último está la descarga. Por lo mismo que Madrid carga en el norte, descarga hacia el sur aprovechando la caída del plano inclinado sobre el que se asienta. No sólo el alcantarillado, regido por los tres grandes colectores del Manzanares, la Castellana y el Abroñigal, corre en esa dirección sino que hasta los residuos sólidos toman ese camino para depositarse finalmente en los vertederos próximos al puente de Arganda y no lejos de aquel punto cuyo significativo nombre le daba que pensar a Ortega, Vaciamadrid.

the Guadarrama, the Manzanares, the Lozoya, the Jarama and the Sorbe. The Arabs had also brought water from the north; from El Pardo mountain and the heights of Fuencarral, to sustain their medina and market. The system of water channels that was later super-imposed over the primitive system, with the harnessing of the fountains on both sides of the Abroñigal stream, has prevailed into our century. Underground works have cut the majority of those channels, but according to my notes there is still exists one convent from the time of the Austrian monarchs which is supplied with water from a channel of its own.

The elliptical plan has also determined the house and service connections and the distribution of supplies imported from outside, including the high energy electrical lines. As far as I know there existed in Madrid only one "light factory" (as they used to be known) of any importance; it burned coke and was known by the all too literary title of Thermal Center of the Passageway of the Melancholy. From its slag heap of coal were built the extensive foundations and piles of the railway passages, factories and military barracks. By contrast, products of internal fabrication and consumption, such as gas and water and low energy, are organized in an arterial distribution pattern, taking advantage of those public spaces which are free of buildings in order to reach all of the limits of the city. Yet all of the services show complete and utter respect for Retiro Park, perhaps because it does not consume water and perhaps because it was a prohibited place for the construction of ditches and the planning of underground chambers.

Nor does the plan of the underground railway lines fail to feel the influence of the ellipse: the system —with its evident north-south bias— is entirely inscribed into the perimeter of the ellipse, and only ten unconnecting branch lines leave the ellipse for the outer edge of the urb, orthogonally crossing the two large depressions that flank the oval.

Ultimately, one must discharge; this often occurs at the end... Just as Madrid represented the north taking charge, so the south must take the discharge. Supplies from the north are used and disposed of in a southern way, taking advantage of the incline plane on which Madrid rests. Not only does the sewage system, steered and kept open by the three great collectors of the Manzanares, the Castellana and the Abroñigal, run in that direction, but solid residues also take this route. South they go until they finally deposit themselves in the dumps and spillways near the bridge of Arganda. This is not far from that spot whose possibly not insignificant name gave Ortega y Gasset something to think about: Vaciamadrid ("Emptymadrid").

